

El Caballero de Saint-Georges

Angelina Muñiz-Huberman

Joseph Bologne, Caballero de Saint-Georges, llamado el “Mozart negro”, muerto en 1799 y olvidado durante dos siglos, reaparece en la pluma de Angelina Muñiz-Huberman en esta estampa narrativa y poética que busca trazar su azarosa existencia.

Para Pablo Espinosa

La isla caribeña se desdibujaba a medida que el barco se internaba mar adentro. El niño sentía el oleaje del mar como si fuera el ritmo de su corazón. Ese ritmo marino ya nunca le abandonaría y habría de marcar su vida entera. Una vida apasionada por compases musicales y golpes de espada.

El 25 de diciembre de 1745 nació en la isla de Guadalupe Joseph Bologne, Caballero de Saint-Georges, hijo del hacendado francés George Bologne y de la esclava senegalesa Nanon. Trasladado tempranamente a Francia recibió la más esmerada de las educaciones. Destacó como violinista, director de orquesta y compositor, lo que le valió el título del “Mozart negro”. Pero también fue un famoso esgrimista, un experto bailarín, un denodado jinete, un hábil seductor, un coronel al frente de un batallón de negros en la Revolución Francesa y el primer masón negro. Conoció los halagos de la fama, las adulaciones de los aristócratas para luego caer en las redes de los revolucionarios y sufrir prisión durante un año. Murió olvidado en 1799.

Pasaron los siglos y el olvido perduró hasta que ahora, en el XXI, es su renacer. Su música se toca de nuevo, ha sido grabada y se han escrito novelas, biografías, ensayos sobre su vida y obra.

Imaginemos su historia. Su llegada a París a la casa de tres pisos que habría de habitar. El cambio de los

campos abiertos y la cercanía del mar de su infancia a la ciudad llena de ruidos y gritos, olores diferentes. La pérdida del silencio y de la soledad. Una luz opaca sobre los objetos, las calles, las caras. El frío del invierno y la penumbra.

Los nuevos aprendizajes. Los personajes adustos. Las ceremonias. La libertad restringida. Los horarios. Los exigentes maestros para las clases que tomaba por primera vez.

La música. Esa música y esas palabras que escuchaba contrarias a sus queridas melodías africanas. La melancolía por los ritmos y las danzas que había guardado en su memoria.

Las sorpresas. Un mundo de continuas sorpresas. Ante el recuerdo de los machetes cortando la caña en los extensísimos cañaverales o la habilidad de quienes se trepaban por los cocoteros y cortaban los cocos que luego le ofrecían para beber su agua, observaba, en cambio, el brillo de las delgadas hojas de las espadas y los saltos acompasados de los duelistas. Y si nadie había esperado de él que blandiera un machete, ahora se le exigía que aprendiera el arte de la esgrima.

Primero contempló la luz reflejada en el metal y atrapó arcos iris sólo por él vistos. Luego siguió los rápidos movimientos de su maestro La Boëssière y le pareció un baile de cristales rotos que evitaría pisar. Imaginó que

la clave era volar el mayor tiempo posible y que la espada centelleara al sol para deslumbrar al contrincante.

Le pareció un juego y como tal lo aprendió enseñada. Su cuerpo era tan flexible y ágil que nada lo detenía. Como si la espada fuera parte de él y adquiriera la misma elasticidad de sus músculos. Su cuerpo crecía y la espada se acoplaba. No parecían dos, sino uno.

También de su maestro La Boëssière aprendió el arte de la equitación y así como amaba la espada, amó los caballos. Supo cómo cuidarlos, cómo cepillarlos, cómo acariciar su testuz y darles de comer granos de avena en la mano. Así logró la comunión entre bestia y hombre, centauro cortesano.

Cuando tuvo la edad suficiente aprendió el arte de amar y con su mismo sentido del ritmo su cuerpo se extendió sobre los cuerpos de las mujeres que nunca lo olvidarían.

Pero fue la música el arte que más amó y donde su melancolía halló la expresión exacta. Recuperó su isla perdida y el exilio dejó de serlo. Nadie se extrañó de su tez oscura ni se percató de su extranjería cuando escu-

chaban su música. Aun los racistas dejaron de señalarlo, a pesar de las palabras de Voltaire de considerar a los negros y mulatos como seres inferiores y del rechazo de algunas cantantes de ser dirigidas por un mulato.

Amó el violín y fue un virtuoso. Compuso a la manera de Mozart y Haydn. Dirigió la Ópera Real y estrenó las "Sinfonías de París" de Haydn. Su obra abarcó conciertos, sinfonías, música de cámara y óperas. Se encerraba a componer y el tiempo dejaba de existir. Los paisajes de la isla de Guadalupe y el mar convergían en los sonidos que desgranaba en el papel, tal vez ocultos, pero presentes en el fondo de su imaginación. El mestizaje fue su originalidad. Tomó lo mejor de sus orígenes y eligió la armonía de su cuerpo para la armonía de su música.

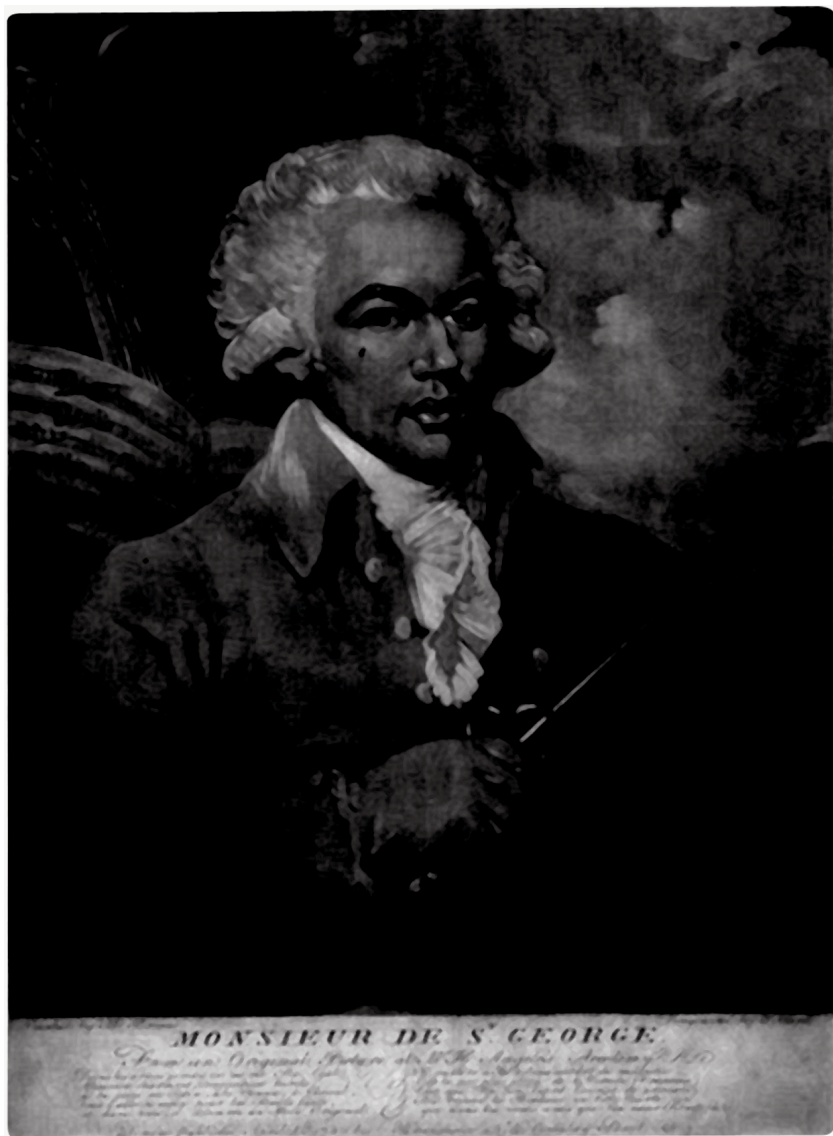
Rodeado de leyendas se le atribuyen viajes y aventuras que no pueden probarse con certeza. En Londres se enfrentaría, ante la presencia del Príncipe de Gales, a famosos espadachines como el Caballero d'Éon, espía y travestista. Relacionado con los personajes de la época sería amigo del Duque de Orléans; Choderlos de Laclos le escribiría un libreto; y Tomás Alejandro Dumas fue su compañero de armas con quien compartía orígenes semejantes, mulato como él.

Al estallar la Revolución fue su oportunidad de hacer valer los derechos de los esclavos y creó un batallón de negros que fue su orgullo. Las escaramuzas tuvieron también su especial ritmo y una música inaudible las dirigía. Los cascos de los caballos retumbaban en el silencio de los caminos. Los tambores anunciaban la salida del sol. Una flauta enmarcaba el canto de los pájaros, y el correr de los arroyos se repetía en el arco del violín. La espada era la flamígera del Ángel del Paraíso.

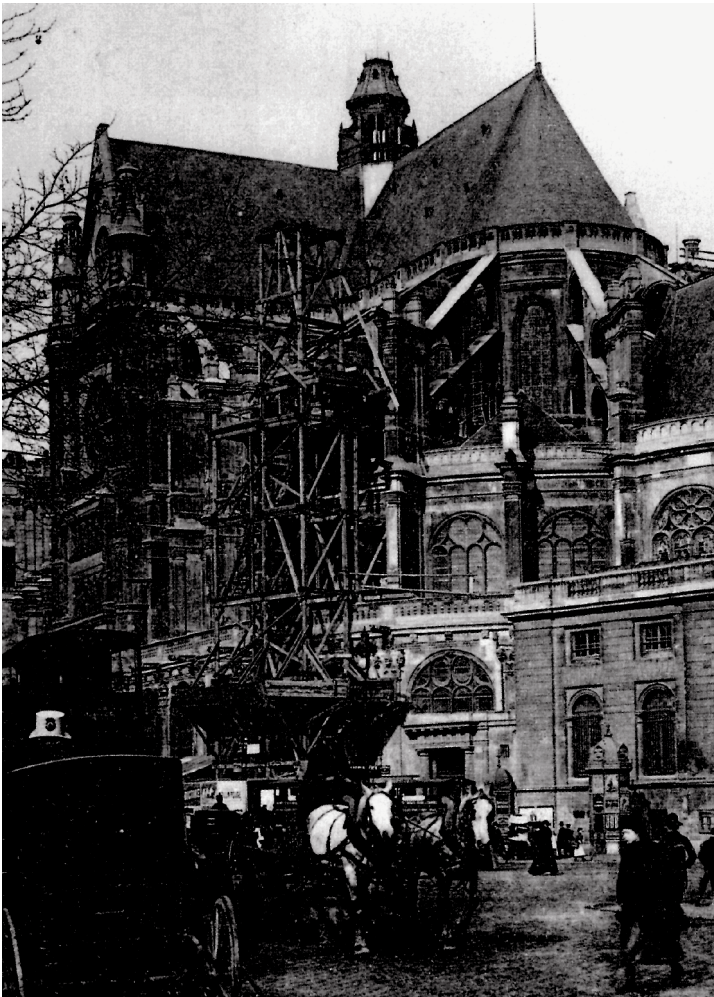
Todo lo abarcaba en su compacto reino de soledades. Mas la envidia esperaba enroscada. Acusado injustamente, como también años atrás lo había sido su padre, es encerrado en prisión. El año sin libertad llena su cabeza de música. Las notas le inundan y, sin necesidad de papel pautado, escribe, borra, reescribe nuevas composiciones. A veces las canta en voz alta y los otros prisioneros se deleitan. Si tuviera un violín a mano casi no notaría los altos muros, las rejas, la humedad constante, los olores nauseabundos, las ratas corriendo alocadas, la asquerosa comida, los llantos, los gritos de dolor.

La música que entonces invente se mantendrá también prisionera. Será una música nunca oída, olvidadas las lecciones clásicas y precisas. Ya no importará quedar bien con el rey y los cortesanos, y componer lo que se esperaba de él. Violentará los compases, alterará las medidas, despreciará las tonalidades. Olvidará a Mozart y a Haydn. Sólo tomará de ellos las breves disonancias que se permitieron.

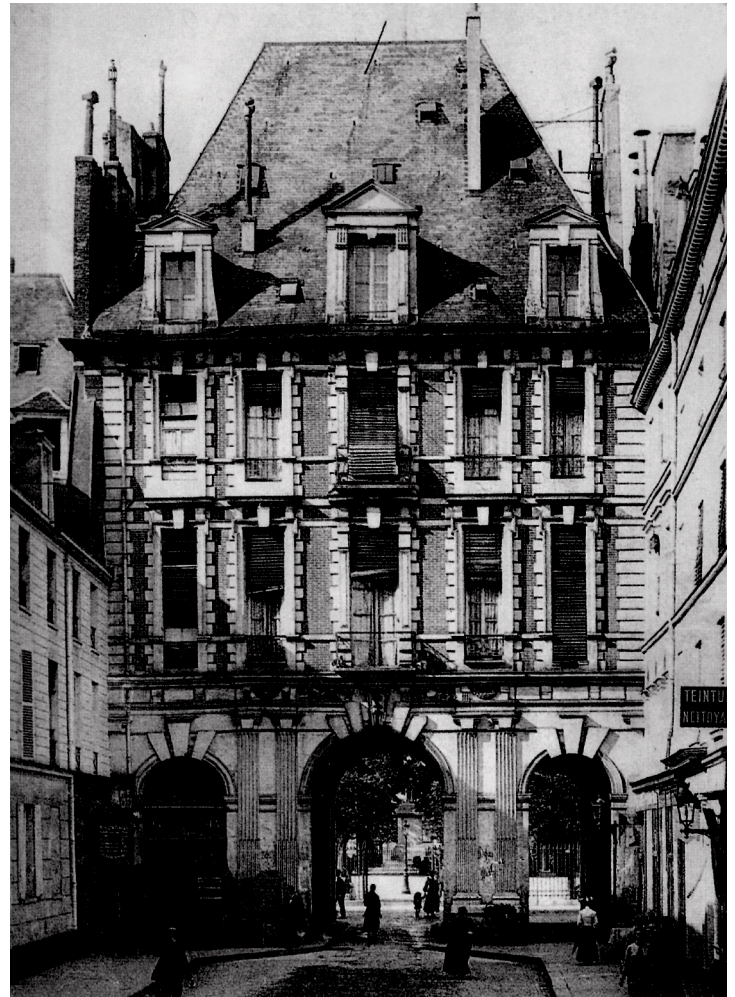
Sin que lo sepa inaugurará la atonalidad en secreto.



Joseph Bologne, Caballero de Saint-Georges



Saint-Eustache, Paris



Rue de la Birague, Paris

Obtendrá nuevos sonidos de los antiguos instrumentos. El violín sonará como tambor. Pasará el arco sobre las cuerdas del clavicordio y su centelleante espada se doblará en sonidos agudos.

A falta de instrumentos usará su cuerpo como caja de resonancia. Con las manos golpeará sobre su pecho o sobre los muslos y con los pies llevará el compás. Su voz imitará todos los sonidos de la naturaleza y las aves y animales de su querida isla de Guadalupe encontrarán en él su eco.

Será un coro de sonidos lo que inunde las paredes de la prisión. Madera, piedra, hierro vibrarán para que oídos y corazones se estremezcan. Una comunidad de escuchas abandonará el silencio.

La escala musical se doblará.

La soledad se poblará.

El dolor dejará de abatir.

Las condenas no importarán.

Labios heridos sonreirán.

Los que habrán de ser guillotizados entonarán una última melodía.

Como si el Caballero de Saint-Georges dirigiera una orquesta de cabezas decapitadas, arrojadas a canastos sanguinolentos.

Un día saldrá de la prisión, pero ya no será él. Abatido, enfermo, inmerso en la inutilidad de las cosas, ni siquiera tendrá la esperanza de regresar para morir a su amada isla. La infancia completará su círculo. El recuerdo del oleaje de fondo cerrará sus ojos. Oirá de nuevo las canciones africanas que su madre le susurraba. Buscará una hoja de papel y la pluma, mas ya no volarán las notas en el pentagrama. No tendrá qué decir.

Después de todo, el silencio es la más preciada música. **U**

El mestizaje fue su originalidad. Tomó lo mejor de sus orígenes y eligió la armonía de su cuerpo para la armonía de su música.